CUARTA PARTE.

Un hombre por una nacionalidad.

CAPITULO PRIMERO.

LA ÚLTIMA PALABRA.

I.

La noticia de la locura de Carlota cayó como un rayo en la corte de México.

Maximiliano se abatió profundamente, su primer pensamiento fué el de volver á Europa y abandonar el suelo mexicano donde habia comenzado á eclipsarse ese fuego fátuo de su fortuna.

El infeliz archiduque quedaba solo en el mundo á la merced de sus enemigos.

Los hombres y la fortuna lo abandonaban.

Aquel espíritu otras veces tranquilo, perdió su serenidad habitual, y una vez en la senda del estravío, tenia que perderse.

En tan crítica situacion llegó la noticia de que el general Castelnau, ayudante de campo del emperador Napoleon III, llegaba con instrucciones del gabinete de Saint Cloud.

Aquellos despachos traian acaso los convenios celebrados con la emperatriz Carlota, y que no pudieron terminarse á causa de la desgracia acaecida á la infeliz hija del rey Leopoldo.

Maximiliano se trasladó á Orizava, y los periódicos anunciaban que S. M. queria estar cerca de Veracruz para recibir con mas prontitud las noticias europeas, porque se hallaba demasiado inquieto por la salud de su augusta esposa.

Lo cierto es, que Maximiliano pensó sériamente en abandonar el territorio.

Alguna cosa trascendia el público de aquella confusion de determinaciones atropelladas, donde la prensa comenzó á balbutir algunas palabras acerca del próximo viaje del emperador.

Se sabia que el capitan del "Dandolo," que hacia un año permanecia como un gigante clavado en las rocas del golfo, habia recibido órden de prepararse para recibir á bordo al ilustre viajero.

La prensa francesa, que veia por el suelo el trono de Maximiliano, comenzó á propagar noticias alarmantes; *viró*, como dicen los marineros, al cambiarse la aguja de la fortuna, y comenzó á insultar á aquel hombre ante quien se habia arrodillado á quemar el incienso de la adulacion y de la bajeza.

¡Pobre Maximiliano! ayer le coronaban de flores, y le victoreaban las tropas expedicionarias, y le cantaban himnos los escritores franceses, y al verlo abandonado, le maltrataban y ponian el INRI sobre aquel trono hecho pedazos!

I.

Los franceses estaban en la plenitud de su carácter.

Algo les amargaba lo ridículo de su situacion, ese bochorno que pasaba una bandera tan gloriosa.

La Francia afectaba estar en su derecho al retirar la expedicion y procuraba hacerse creer que los Estados-Unidos no habian influido en sus determinaciones.

Su careta era trasparente, y era difícil jugarla en ese carnaval sangriento.

II.

Maximiliano se dispuso á recibir á Castelnau.

Cuando el alma ha entrado en la tormenta de la desesperacion, acepta una esperanza aunque sea lejana.

Deseaba saber la impresion que habia causado la presencia de Carlota en las córtes europeas.

Llegó al fin ese momento terrible en que el ayudante de campo se encontrara en la presencia de Maximiliano.

Castelnau se manifestó arrogante ante la magestad caida del emperador.

El archiduque manifestaba en su semblante todo el dolor de sus sufrimientos.

Estaba profundamente triste, cubierto é impregnado de una melancolía intensa.

El enviado de Napoleon comprendió á primera vista la tempestad que sacudia el ánimo del desgraciado monarca.

Castelnau quedó un momento contemplando aquella fisonomía donde se trasparentaba una angustia profunda.

—S. E. el mariscal de campo puede tomar asiento.

—Agradezco á V. M. esa distincion.

—¿Se ha restablecido la salud de S. M. imperial Napoleon III?

—Así parece, señor, y su primer cuidado ha sido el de ocuparse de las graves cuestiones que tienen relacion con el imperio mexicano.

—Yo fio en la Providencia, y mi confianza se apoya en las manifestaciones de simpatía del pueblo.

—Base insegura, señor, en cuanto al cimiento popular, que es frágil como espuma.

—No puedo ocultar, señor general, el vivo deseo que tengo de saber las altas disposiciones de S. M. Napoleon III.

—Nada ocultaré á V. M. de cuanto ha pasado.

—Ya os escucho.

—Para evitar complicaciones con los Estados-Unidos, como ha tenido el honor el señor baron de Saillard de manifestar á V. M., la Francia retira las tropas expedicionarias. Se habia convenido con el emperador de Austria que enviase un contingente de voluntarios, pero S. M. José II quiso á su vez contemporizar con la Union Americana, y disolvió el cuerpo de ejército.

—Estoy al tanto, señor general, de ese acontecimiento.

—V. M. ve, que el nuevo proyecto de la Francia fracasó en su cuna. El último empréstito no ha podido cotizarse y se ha alzado una grita terrible contra el gobierno del emperador, pretendiendo que la Francia se haga cargo de satisfacer los dividendos del empréstito de Paris.

—Precisamente contaba el imperio con esa suma para liquidarse y poner en via de pago las convenciones; pero vuestro gobierno tuvo á bien

tomar la mayor parte por cuenta de su deuda, y esto desniveló por completo.

—V. M. me permitirá no contestar esos cargos, y ceñirme á la cuestion que tengo el honor de esponer á la corte de México.

—Continuad, señor general.

—Los Estados-Unidos han pretendido que la Francia hiciese salir á S. M. del territorio de grado ó por fuerza.

Enrojecióse el rostro de Maximiliano, sus dedos se crisparon terriblemente y su mirada se fijó tenazmente en la mirada audaz de Castelnau, que la sostuvo valientemente.

—La Francia, continuó el ayudante de campo, ha creido de su deber consultar ese punto con V. M.

—¿Y con qué derecho, dijo Maximiliano con voz concentrada de furor, se permitiria ningun soberano arrancarme de las gradas del trono?

Castelnau iba á responderle: "con el mismo derecho que le asistia al traeros á estas regiones."

—Perdone V. M., yo no soy mas que el mensajero de todo lo que tengo el honor de esponer á S. M.

—Acabemos, señor general, yo he sido insultado hasta el último grado por la Francia.

—S. M. Napoleon III piensa que V. M. debe *abdicar*, antes de llegar á un momento supremo.

—La abdicacion, señor general, se hace en los instantes terribles de la revolucion, se hace delante de la muerte, como Luis XVI; yo poseo todavia elementos de preponderancia que pueden sostenerme en el sólio.

—V. M. comprenderá que la disyuntiva es terrible, la *muerte* ó la *abdicacion:* la Francia os aconseja el último estremo.

—Y yo no lo acepto, señor general, porque mi dignidad es lo primero.

—Señor, la dignidad de la Francia estaba comprometida, y *una razon de Estado* la hace aceptar una situacion que no se registra en sus anales.

—Es verdad; pero los de mi raza son intransigentes.

—S. M. José II, cediendo á otra *razon de Estado*, despues de la catástrofe de Sadowa y la pérdida del Lombardo Veneto, ha disuelto el cuerpo de voluntarios.

Maximiliano movió la cabeza con impaciencia.

—Reflexione V. M. que su permanencia en México es ya imposible, que todos los sacrificios serian estériles, y que solo se añadiria una página mas de sangre á la historia infortunada de este país devorado por la anarquía.

—Moriré en mi puesto, señor general.

—La augusta emperatriz, abandonada en el recinto de Miramar, llamándoos de contínuo, seria otra víctima inocente sacrificada en aras de una crísis desesperada.

Al recuerdo de Carlota volvió á nublarse el semblante del austriaco, sus ojos se humedecieron, y sin querer llevó las manos al corazon oprimido.

—Es verdad, dijo tristemente, todo lo que me rodea es espantoso.

—Señor, la Francia participa hondamente de vuestras penas.

—Pero es necesario de todo punto meditar esta cuestion, los Estados-Unidos no traerán una sola bayoneta al territorio mexicano.

—S. M. me permitirá mostrarle todos los despachos que justifican la conducta de mi gobierno en este delicado asunto. La Francia no es dueña ya de su albedrío. Contra el tenor de los convenios celebrados con los Estados-Unidos, las fuerzas no han comenzado á salir del territorio; la fecha del primer plazo se ha pasado, y ojalá que se pudiera aun revalidar esa convencion.

—No os comprendo bien; haga S. E. el favor de ser mas esplícito.

—Lo seré si V. M. me lo permite. La Francia no ha cumplido, esta es la palabra, lo pactado con la Union americana; esto ha motivado una nota terrible que en otras circunstancias se hubiera lavado con sangre; pero hoy..... leedla, señor, y diga V. M. si Napoleon III no conserva una situacion tan angustiosa como la de V. M.

El emperador tomó el pliego que le presentó Castelnau y leyó para sí la nota cuyos pasajes mas interesantes copiamos á la letra:

"No podemos conformarnos (habla del cambio introducido en la retirada del cuerpo espedicionario), primero, porque las palabras *primavera próxima*, son demasiado vagas: segundo, porque la garantía que tenemos para la retirada del cuerpo espedicionario en la primavera, no es mejor que la que teniamos para la retirada de una parte en Noviembre: tercero, porque contando con el consentimiento de Napoleon, al paso que deseábamos la retirada de las tropas francesas, hemos tomado medidas para cooperar con el gobierno de México á la pacificacion del país, apresurando la plena restauracion de la autoridad constitucional de ese gobierno. Entra esas medidas se encuentra la del envío á México de Mr. Campbell acompañado

del general Sherman, para que conferencien con Juarez sobre un asunto que tanto interesa á los Estados-Unidos y es de tan vital importancia para México.

"Nuestra política y las medidas tomadas en la inteligencia de que iba á empezar la desocupacion, se pusieron aquí en conocimiento del gobierno del emperador.

"El emperador comprenderá que no podemos retirar á Mr. Campbell, ni *modificar* las instrucciones conforme á las cuales piensa tratar con el gobierno de México, y que el gobierno cuenta naturalmente con que no siga la ocupacion extrangera y hostil. Diremos en consecuencia al gobierno del emperador, que el secretario del presidente espera que la evacuacion de México se lleve á cabo de conformidad con el acuerdo vigente, y contando con ello informará á Mr. Campbell, segun lo permita la *complicacion importuna* que motiva esta nota. A las fuerzas militares de observacion de los Estados-Unidos, se les enviarán instrucciones para que en cualquier caso esperen órdenes del presidente. A todo esto se procede fiando en que el telégrafo ó "La Mala" traerán una respuesta satisfactoria.

"Dará usted al gobierno frances seguridades de que los Estados-Unidos al paso que procuran ayudar á México, no tienen mas anhelo que el de mantener la paz y las buenas relaciones con Francia; y el presidente no se permite poner en duda *que lo que se ha determinado en Francia en mala hora, se determinó por inadvertencia, sin pensar en los embarazos que han de suscitarse aquí despues de transcurido el período que se fijó primitivamente para la evacuacion completa.*"

—Este lenguaje, observó el ayudante de campo, es desconocido hasta ahora en el idioma de la diplomacia; está fuera de los límites hasta de la comun galantería de las naciones.

Maximiliano no queria creer en lo que acababa de enterarse.

Le parecia increible la audacia americana.

Las raices todas de la esperanza se arrancaban dolorosamente de su corazon: no obstante, el paso terrible y bochornoso de la *abdicacion*, pesaba fuertemente en su ánimo, y aquel hombre orgulloso vacilaba como un insensato, envuelto en la tempestad de las contradicciones.

Quedóse meditabundo, irresoluto, lleno de contrariedad, agitado como una débil barca entre las olas y el huracan.

—Señor, dijo Castelnau interrumpiendo aquel silencio desesperante, V. M. y la Francia pueden salvarse; manifieste el soberano que cediendo

su puesto á la voluntad de un pueblo, lo deja en libertad para constituirse despues de haber ensayado la pacificacion por medios que han estado al alcance del poder y de acuerdo con la humanidad y la civilizacion: abdique V. M., y este paso dará motivo para la separacion del ejército frances del territorio imperial.

Castelnau trataba ardientemente de salvar su bandera. Estaba en su derecho.

Hay cuestiones que una vez lanzadas en el mundo de la política, ya no pueden recojerse, y entonces es necesario resignarse á sufrir el juicio y la sentencia inexorable de los contemporáneos y de la historia.

—Comprendo, dijo el emperador, la angustia de la Francia, y lo penoso que le es continuar en este terreno verdaderamente resbaladizo. S. M. Napoleon III hubiera trastornado la Europa entera á una sola de estas palabras; pero la distancia y el deseo de conservar la paz, lo vuelven resignado: acaso esperaba que durante el tiempo de la desocupacion, surgiesen algunos acontecimientos que lo hiciesen variar; pero desgraciadamente no ha sucedido así, y la resolucion tiene de llevarse al cabo.

—V. M. comprende perfectamente lo que pasa.

—S. E. el general Castelnau comprenderá tambien, repuso friamente el emperador, que en este negocio es necesario que cada uno sufra la parte que le toca en la catástrofe, así como ha compartido el triunfo. La Francia pasa por las puertas del ridículo, yo paso por las de la muerte.

Castelnau se puso á la altura de la situacion, comprendiendo que no habia remedio alguno, que Maximiliano no se prestaria á la última farsa, y que á su vez dejaba á la Francia dentro del toro de Phalaris.

—Insisto por última vez, señor, en que el pensamiento de la abdicacion es el único salvador.

—Y yo insisto para de una vez, en que permaneceré en el escaño del trono hasta ser arrojado por las olas revolucionarias.

—Señor, dijo Castelnau, ved lo que pasa en los confines del imperio: Guaymas y Mazatlan han sido desocupados por las tropas francesas, y ya están en poder de la República.

—Estoy al tanto, señor general, de esos sucesos, y tengo despachos que me anuncian que Juarez ha sido recibido en triunfo en la ciudad de Chihuahua, y ademas, del alzamiento de todos los pueblos al sentirse fuera del alcance de les zuavos.

—Entonces, señor, por qué cerrar los ojos ante ese torrente que todo lo devora? La Francia está en el deber de salvaros.

—Y quién salva á la Francia, señor general?

—La revolucion es omnipotente!

—Yo sé, señor mariscal de campo, que la dejo venir porque estoy seguro de ahogarla entre mis brazos; aun cuento con hombres de valor y de resolucion; mi popularidad es grande, y mi decision aun mas todavía; voy á luchar con mi destino: decidle al emperador, que fué mi glorioso aliado, que he consultado á mi Consejo y Ministerio sobre este punto, y que oido su parecer, hace una hora que he mandado se comunique á los pueblos del imperio que acepto en todas sus consecuencias la situacion, y entro en las eventualidades con valor, y dispuesto á morir si ese es mi destino.

—Señor....

—Decidle á S. M. que no abdicaré jamas, ni huiré como Pio IX y el rey de Nápoles, ni esperaré una restauracion vergonzosa como Luis XVIII.

En aquellos momentos un repique á vuelo se dejó oir en las iglesias de Orizava, donde pasaban estos acontecimientos.

La detonacion de las salvas y de los cohetes, las músicas que recorrian las calles, y los gritos entusiastas de los víctores que se detenian frente á la casa alojamiento del emperador, formaban un eco de alegría y de espansion popular.

—Mirad, dijo Maximiliano abriendo la ventana; ved á ese pueblo que viene á ofrecerme su sangre; él me ha detenido, él quiere que yo empuñe su bandera, que lo presida en sus grandes destinos, en el porvenir..... Señor general, contad esto á S. M., lo que habeis presenciado, ya sabeis que no abdico; esta es *mi última palabra.*

III.

Castelnau salió desesperado, creyendo que el austriaco estaba menos en su juicio que su augusta esposa la emperatriz de México.

Efectivamente, era una demencia soñar en el establecimiento del imperio, toda vez que los Estados Unidos habian determinado la muerte de la monarquía y el pueblo mexicano se alzaba como un solo hombre para combatirlo.

Maximiliano se encontraba en una situacion excepcional.

Volver á Europa á encerrarse en su Santa Elena de Miramar, era presentarse en el foro del ridículo y del desprecio.

Permanecer en México era esponerse á morir en la demanda.

El pobre archiduque, hombre de corazon, optó por el segundo estremo, no sin combatir algunas vacilaciones que le asaltaban y que al fin, determinaron la convocacion de otra junta en la capital, y á la cual llevaremos muy pronto á nuestros lectores.

Corrió por el telégrafo la noticia de que el archiduque se quedaria en México, la que fué recibida con entusiasmo por los imperialistas, que faltos de recursos para poder marchar al extranjero, se asian del manto imperial como su último refugio.

El desconsuelo de un partido al ver prófugo á su gefe solo puede compararse al de una tripulacion al saber que el piloto y el capitan se han lanzado en una lancha abandonando el buque que comienza á devorar el fuego.

IV.

Maximiliano recibió ese mismo dia á Márquez y Miramon, y combinaron un plan de campaña, haciéndose ilusiones, y pintándose horizontes color de rosa, sobre los que la mano del destino tendió mas tarde un velo mortuorio.

Aquellos dos génios de la rebelion y de la asonada participaron del sonambulismo de su señor, y consultando en su ambicion lo que esperaban en el porvenir, empuñaron la bandera de los grifos y puestos al frente del ejército imperial, se creyeron dueños de la situacion, pensando en renovar los dias aciagos de la revolucion de reforma, en que la suerte coronaba sus estandartes y sus armas se abrian paso entre las filas indisciplinadas de la República.

¡Sueño insensato!

Los tiempos habian variado, los soldados de la independencia fogueados en los encuentros de tres años consecutivos de combates, se habian hecho veteranos.

Las chusmas se habian improvisado en ejércitos.

El pueblo empuñando las armas para conquistar su independencia, era omnipotente.

Maximiliano habia dicho tres años despues de su advenimiento al trono, su última palabra.

El pueblo habia dicho la suya desde que las naves extranjeras entraron en las inquietas aguas del Golfo mexicano.

Habia decretado la *victoria*, como los convencionales de la revolucion francesa!

CAPÍTULO SEGUNDO.

CUARTO MENGUANTE.

I

La escena habia cambiado por completo en la casa de los Fajardos.

Los antiguos amigos y partidarios del diplomático faltaban de la tertulia.

Todo el alboroto de los primeros dias se habia extinguido al soplo de los acontecimientos que anunciaban la caida del imperio.

Don Modesto, hombre acomodaticio en la política, comenzó por empaquetar cuidadosamente su uniforme, y encerrar en su caja la cruz de la órden de Guadalupe, arrancando la cinta de los ojales de todas sus casacas, levitas y chaquetas; porque el señor de Fajardo en todas partes llevaba la condecoracion.

Se suscribio al *Marqués de Caravaca*, periódico republicano, y á la *Sombra;* ambos papeles tentaban á Dios de paciencia, como suele decirse, pues se desataban terribles contra el imperio.

Era de esperarse lo que aconteció: los dos periódicos fueron suprimidos y sus redactores corrieron una suerte demasiado adversa.

Cuando pasaba la escena que vamos refiriendo, los *diarios* consabidos